



Sergio
RAMÍREZ

ADIÓS MUCHACHOS

Una memoria de la
revolución sandinista



AGUILAR

Y los organismos de masas, surgidos también de la costilla de la revolución, federaciones sindicales, gremios de productores agropecuarios, de profesionales y técnicos, asociaciones de campesinos, de mujeres, de jóvenes, buscaron también su independencia como forma de ganar legitimidad y pasaron a elegir a sus dirigentes en lugar de seguir aceptando que les fueran nombrados de dedo, desde arriba.

Las primeras semanas después de la transferencia de poder fueron cruciales para advertir cuál futuro nos esperaba. El FSLN no estaba preparado, como un todo, a asumir su papel de partido de oposición dentro del sistema democrático porque no había sido diseñado para eso. Su estructura vertical era inspiración de los manuales leninistas, de las imposiciones de la guerra y del caudillismo, nuestra más vieja herencia cultural.

Se celebró por entonces una Asamblea de Cuadros en El Crucero, en la sierra de Managua, precisamente para discutir el futuro del FSLN como partido. Henry Ruiz (*Modesto*) y Luis Carrión, miembros de la Dirección Nacional, y Dora María Téllez y yo, entre otros muchos, encabezamos una posición que entonces logró amplia mayoría: tomar distancia de la piñata y pedir cuentas a los responsables de malversaciones; asegurar el funcionamiento del FSLN como un partido democrático; y abandonar todo uso de la violencia. Pero esas resoluciones nunca se ejecutaron.

La insistencia en la violencia afectó profundamente al FSLN. El fin de la guerra había despertado un estado anímico nuevo en la sociedad, que se entregó sin reservas a consumar la reconciliación. Como ya dije, la guerra había desgarrado al país de arriba abajo, dividiendo a todos los estratos sociales y a la familia, que en Nicaragua sigue siendo la institución primordial.

Volvían miles de refugiados a través de las fronteras de Honduras y Costa Rica, volvían los expatriados de Miami, los desmovilizados de ambos bandos regresaban a sus hogares, y en las comarcas campesinas y en las ciudades se senta-

ban juntos a la mesa los jefes militares de la contra y del Ejército. Dos hermanas, Rosa y Marta Pasos, hijas del doctor Luis Pasos Argüello, uno de los renombrados juristas del país, habían sido una, vocera del Ejército en Managua, la otra, vocera del Directorio de la contra en Miami. Ahora se encontraban también. La tolerancia, la recuperación de los afectos era algo que el país disfrutaba, y en esa atmósfera los llamados a la violencia callejera resultaban extraños, salvo para los más fieles a la ortodoxia.

Tras asimilar el trauma de la derrota había llegado a sentirme aliviado. Salía del gobierno y no tenía ningún cargo en el partido, así que hice planes para reemprender mi vida de escritor y empecé por aceptar una invitación de la Universidad de Oviedo para participar en un ciclo sobre creación literaria.

Pero de acuerdo con la Constitución, como candidato perdedor a la vicepresidencia había sido electo diputado suplente de Daniel ante la Asamblea Nacional, que como candidato derrotado a la presidencia recibía el asiento en propiedad. La decisión de la Dirección Nacional del FSLN fue que Daniel se quedara a la cabeza del partido, y yo asumiera el asiento y pasara a ser jefe de la bancada sandinista. Y los papeles que de esta manera nos tocó asumir ayudaron a marcar la separación de criterios, y más tarde la división de posiciones entre los dos.

Para mí fue una experiencia nueva y compleja. Entre los diputados electos había jefes guerrilleros y viejos cuadros sandinistas de los que se llamaban históricos, muchos de ellos difíciles de llevar; otros de gran figuración en el gobierno, que antes de la derrota no tenían en mente ocupar sus escaños y carecían, igual que yo, de experiencia parlamentaria; y aun otros de la anterior legislatura, fieles al comandante Carlos Núñez, miembro de la Dirección Nacional del FSLN y hasta entonces presidente de la Asamblea, encima de quien yo aparecía de pronto colocado. Por suerte, entre los electos estaba mi hermano Rogelio, mejor político que yo y capaz de congeniar con todo el mundo.

Lo primero fue establecer reglas democráticas en la toma de decisiones —empezando por mi propio cargo, que fue sometido a votación—, y elegimos una directiva, con Dora María Téllez como vicejefa. Discutíamos los temas de la agenda parlamentaria hasta la saciedad, antes de votar la posición a asumir en el plenario, y todos los acercamientos, acuerdos y alianzas también eran discutidos y votados.

Dentro del FSLN era un procedimiento nuevo, porque sólo se conocía la regla vertical; y el hecho de que por primera vez en la historia del país la Asamblea Nacional pasara a ser el centro de gravedad política le dio a la bancada, y a sus actuaciones, un peso propio, alejándose del aparato del partido que bajo la dirección de Daniel se había lanzado a las calles a desafiar el sistema que, mientras tanto, nosotros cultivábamos dentro del recinto parlamentario.

Porque de pronto nos encontrábamos en el salón de sesiones, al otro lado del pasillo, con los líderes de la contra llegados de Miami, que ahora eran diputados, y con los antisandinistas recalcitrantes que sólo querían vernos desaparecer. Pero abrimos el diálogo, y de esa convivencia nació un clima político diferente para Nicaragua.

El gobierno se vio desde el primer día sin una mayoría parlamentaria. Violeta Chamorro no pertenecía a ningún partido, y su candidatura había sido objeto de muchas disputas dentro de la coalición de la UNO, donde otra vez estaban desde los viejos comunistas hasta los conservadores del pasado. Esa coalición, ya frágil de por sí, se rompió tras la firma del Protocolo de Transición, y se creó desde el primer día una alianza mayoritaria entre los diputados que se quedaron respaldando al gobierno y nosotros.

Pero a medio periodo habríamos de entrar en una alianza distinta, con el otro sector de diputados de la UNO, para lograr la reforma de la Constitución Política, ya entonces en contra de la voluntad del gobierno, y del propio FSLN, y en medio de una severa crisis institucional que involucró a todos los poderes del Estado.

1995

Las reformas constitucionales, promulgadas al fin en 1985, impusieron la prohibición a la reelección presidencial sucesiva, a la sucesión del presidente por sus parientes más cercanos y a que un pariente del presidente pueda ser jefe del Ejército. Liquidaban así la vieja tradición autoritaria del país, basada en los gobiernos familiares, y que la Constitución de 1987, la nuestra, había dejado intacta.

La disputa por las reformas terminó de poner fin a la alianza que se había abierto entre Antonio Lacayo, Humberto Ortega y yo, desde el gobierno, el Ejército y la Asamblea Nacional. Esa alianza, que desbordó el marco del FSLN y actuó no pocas veces en contra de los criterios de la Dirección Nacional, dio frutos mientras los tres pudimos mantenernos unidos alrededor de la búsqueda de la democratización, la estabilidad y el fortalecimiento de las instituciones. Facilitó el desarme de la contra y la transformación del Ejército, que pasó a tener un carácter nacional, sin apellidos partidarios, y le dio un marco institucional a la Policía Nacional. Y por último, sirvió para buscar solución a los problemas de la propiedad, que seguían siendo múltiples, y para ordenar el proceso de privatización, a pesar de todos los abusos que en ambos casos se cometieron.

La alianza se rompió no sólo por la cerrada oposición de Antonio Lacayo a las reformas constitucionales, que por ser yerno de Violeta vedaban su propia candidatura presidencial. Tuvo que ver también la insistencia de Humberto Ortega de quedarse como jefe del Ejército de manera indefinida, cuando chocó con Violeta, que al fin le impuso su salida; y tuvo que ver la ruptura dentro del FSLN, de la que yo era actor.

Yo había entrado a formar parte de la Dirección Nacional del FSLN a raíz del Primer Congreso celebrado en julio de 1991. Entonces se dio un intenso debate alrededor de la forma de elección, que quienes buscábamos desde entonces la renovación interna propusimos fuera individual, y no por *plancha*. La *plancha* significaba que la vieja Dirección Nacional del FSLN podía ser reelecta en bloque, sin necesidad

de que cada uno de sus miembros tuviera que ser votado por separado; y fue lo que se impuso.

Al fin entré yo en la plancha única, tras muchos forcejeos, junto con René Núñez, fiel a la vieja guardia y todo el tiempo secretario de la Dirección Nacional, quien reponía a su hermano Carlos, muerto poco antes; y entre los dos completamos el número sagrado de nueve, porque Humberto Ortega ya no se presentó.

La mayor oposición a mi ingreso vino del lado de Daniel. No sólo porque estábamos ya en campos adversos, sino porque en él seguía pesando el criterio ideológico de que aquélla debía seguir siendo una Dirección Nacional compuesta de manera exclusiva por los sobrevivientes de las catacumbas, entre los que yo no estaba.

La fidelidad ideológica a un mundo que ya no existía seguía siendo una obsesión de la vieja guardia. Nació entonces la tendencia renovadora dentro del FSLN, encabezada por mí, y como contraparte la tendencia ortodoxa, encabezada por Daniel. Él buscó la convocatoria de un Congreso Extraordinario para dilucidar la disputa; y en ese congreso, que tuvo lugar en mayo de 1994, fuimos derrotados por la maquinaria burocrática y resulté defenestrado de la Dirección Nacional.

No tardaría en perder mi cargo de jefe de la bancada sandinista, que Daniel reclamó para sí, y muy pronto me vi puesto bajo las baterías que el partido reservaba para sus peores enemigos. El padre Miguel de Escoto, ahora un ortodoxo encendido, compareció cinco días seguidos en la Radio Ya para cubrirme de vituperios escogidos. Después, por la misma radio empezaron a atacar con insidia de pandilleros a mi hija María, como conté al principio. Era una conspiración urdida desde la sombra por los mismos compañeros de mi vida.

Había llegado la hora de decir adiós. El mismo día que Radio Ya se ensañaba a toda hora con María, llamé a una conferencia de prensa en mis oficinas del barrio Las Palmas, y en presencia de Tulita y de mis tres hijos, que habían venido otra vez a acompañarme, anuncié mi renuncia a las filas del FSLN.

También todo aquello parecía irreal. Sentado frente a un enjambre de micrófonos a la mesa de sesiones donde la bancada sandinista había llevado adelante todos sus debates, tenía a mis espaldas el retrato de Sandino pintado por el maestro Arnoldo Guillén.

Ligeramente inclinado, el rostro afilado bajo el ala del sombrero Stetson, Sandino empuña en ese retrato un fute con pomo de plata, y bajo la solapa del saco asoman las cabezas de un juego de lapicero y estilográfica. Era como si hubiera estado allí, otra vez, para despedirme. O para recibirme.

No puedo decir que no me sintiera conmovido. Por el recuerdo del pasado, por todo lo que quedaba detrás de mí. Y por los agravios, ahora que Saturno me alzaba desde el suelo para meterme entre sus fauces.